

cias sociales y su creciente fragmentación (en campos como relaciones laborales, las organizaciones, el mercado de trabajo, la tecnología, la empresa), el autor no cree que este proceso obedezca exclusivamente a la necesidad de circunscribir un campo teórico; la parcialización —un tanto corporativa— de campos de especialización que llevan a cabo ciertos profesionales tiene gran peso en este proceso. Patrones de carrera académica, la *demand social* (e institucional) de determinados estudios, el asalto de la *rational choice* y el individualismo metodológico de la escuela neoclásica en la década de los ochenta, han hecho que se prioricen determinadas líneas de investigación y se marginen algunas otrora centrales. Todo ello envuelto en un discurso que combina gasas científicistas y paños —tal vez calientes— empiricistas que tiene por objeto distanciarse del objeto de estu-

dio, y que ocultan la construcción ideológica que hay detrás de determinados discursos políticos de matriz tecnocrática. Asumiendo la disputa ideológica que permea las ciencias sociales, el autor no es totalmente pesimista y valora como positiva la perspectiva epistemológicamente problematizadora recuperada por M. Granovetter (?) en la línea de investigación de la sociología económica. En última instancia, partiendo de premisas que sitúan el factor humano en un lugar central, J. J. Castillo proclama la vocación de la sociología del trabajo de ser aplicada, como él mismo escribe, para incrementar la «inteligencia invisible de cada institución, de cada sociedad». Encomiable esfuerzo que algunos jóvenes sociólogos agradecemos ante la aridez que en este sentido persiste en nuestras ciencias sociales.

Ariel JEREZ

FÉLIX REQUENA SANTOS

**Amigos y redes sociales. Elementos para una sociología de la amistad**  
(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994)

Cómo se define una red social; qué virtualidades explicativas tiene el concepto; cuáles son sus ámbitos de aplicación en sociología, etc., es un campo de investigación que viene abordando desde hace tiempo el autor, y una vía abierta para explicar e interpretar la realidad social.

La utilización del concepto de red social es muy reciente en el ámbito de la sociología y un campo de estudio

prácticamente virgen hasta ahora en la producción teórica española. Ha correspondido al profesor Requena el mérito de poner de manifiesto, entre los sociólogos de habla hispana, la capacidad explicativa que este tipo de análisis tiene, cuando se aplica a cuestiones relacionales claves en el estudio de innumerables situaciones sociales: el análisis de redes se puede aplicar a la sociología política, a la sociología

del trabajo, al estudio de la empresa como organización formal...; y a la sociología de la amistad.

Una vez definido por el autor el concepto de red social como conjunto de actores sociales vinculados por una serie de relaciones que cumplen determinadas propiedades, y puesto de manifiesto que nos encontramos ante un aparato de análisis válido para descifrar multitud de situaciones sociales que incluso se pueden cuantificar, nos encontramos ante una vía abierta a nuevas explicaciones e interpretaciones de la realidad social.

Una red social supone un conjunto de relaciones entre personas que interactúan entre sí: dependiendo de la posición que ocupe el actor social dentro de la estructura de la red, así será su mayor o menor posibilidad de acción. Se trata de un aparato de análisis válido para multitud de situaciones sociales que incluso se pueden tratar matemáticamente mediante la teoría de grafos. Así aborda el autor «El concepto de red social» (*REIS*, 48, 1989, pp. 137-152) en uno de sus primeros trabajos.

Un desarrollo posterior del concepto de red social («Redes sociales y mecanismos de acceso al mercado de trabajo». *Sociología del Trabajo*. Nueva Epoca, 11, 1990-91, pp. 117-140) ha puesto en evidencia cómo las redes sociales son operativas como mecanismos de búsqueda y acceso al empleo, ya que en el mercado de trabajo las redes sociales brindan numerosas oportunidades en el momento crítico de la búsqueda de un empleo.

Un grado más en la comprobación explicativa del concepto de red social ha sido un reciente artículo del autor

(«Redes de amistad, felicidad y familia»; *REIS*, 66, 1994, pp. 73-89): el nivel de felicidad de los sujetos depende de las cualidades de las redes sociales y más explícitamente de la amistad; a más amigos, más felicidad. Así se pone de manifiesto empíricamente analizando datos publicados en una encuesta del CIREs.

En *Amigos y redes sociales. Elementos para una sociología de la amistad*, el autor vuelve a profundizar sobre el concepto de red, pero en esta ocasión para llevar a cabo un análisis sociológico de la amistad. El ensayo es una respuesta clara a una pregunta sociológicamente clave: ¿cómo se construye socialmente la amistad?

Utilizando nuevamente el concepto de red —muy útil para estudiar las relaciones personales—, el autor lo aplica a la amistad para explicar el proceso social que supone la formación, el desarrollo y la finalización de las relaciones de amistad en un sistema social. El concepto de red es utilizado aquí para poner de manifiesto no sólo que «las redes nos conectan con otras personas por medio de las que ya conocemos», sino también para evidenciar a quién podemos elegir como amigos, puesto que existen una serie de factores que influyen en el proceso de formación de la amistad, como puede ser un *status* económico similar, un nivel cultural semejante o una misma edad.

El enfoque reticular de la amistad considera a las personas como individuos en continua interacción gracias a la cual se forman unas redes relacionales en constante proceso de cambio. De esta forma, se pone en evidencia una clara diferencia entre el

análisis funcionalista y el análisis de redes, cuando ambos consideran los individuos en interacción: si aquél da lugar a una relación en la que interactúan individuos con distintos roles/*status*, para el análisis reticular la relación entre individuos es capaz de modificar e influir en los otros, y viceversa, porque las personas son dependientes unas de otras, ya que los lazos sociales son la esencia misma de la sociedad: interactúan individuos concretos, no roles y *status*.

El concepto de red en sí supone una interconexión entre los elementos que la forman, de manera que necesariamente implica una interdependencia estructural que rebasa el análisis individual. Por ello, siendo cierto que el concepto de red es válido para el estudio de las relaciones personales de amistad, sin embargo, desde un punto de vista reticular una red personal de amistad tiene numerosas propiedades colectivas: no somos amigos de quien queremos, sino de quien podemos. En definitiva, la red condiciona la elección de la amistad: la similitud de clase, formación, edad, trabajo, etc., influyen en el proceso de formación de la amistad.

Las consecuencias de la utilización del concepto de red para estudiar la amistad se van a ir desgranando a través de los diversos capítulos del libro. Pero lo que queda nítidamente analizado es que los condicionantes sociales de la amistad son mucho más complejos que la simple atracción personal que desde un punto de vista psicológico podría aparecer como explicación suficiente de la amistad.

La profundización de la amistad desde un punto de vista sociológico es, sin duda, imprescindible para entender las relaciones interpersonales y la vida social. Pero las dificultades para abordar el concepto de amistad desde un punto de vista sociológico no son pequeñas por tratarse de un concepto de sentido común que utilizamos a diario. Ni siquiera las técnicas de investigación que se han venido utilizando para estudiar los comportamientos amistosos resultan clarificadoras a este respecto.

Sin duda, es mérito del autor la claridad con que ha conseguido definir en su libro las características de la amistad y su diferencia con otro tipo de relaciones; pero sobre todo hay que destacar el análisis de los determinantes que la estructura social impone a la amistad.

La lectura del capítulo dedicado a analizar las características de la amistad resulta imprescindible para romper con viejas pre-nociones que alimentan una concepción ingenua de la amistad. Así, por ejemplo, la relación de igualdad que supone la amistad no excluye que la contribución entre amigos tenga que tener una equivalencia en el intercambio recíproco que aquélla supone. Con palabras del autor, también en la amistad, «favor con favor se paga».

De manera claramente diferente se comportan los compañeros, los familiares y los amigos. Son tres formas de interacción que nítidamente distingue el autor: los compañeros —de trabajo— los determina el entorno laboral, son fácilmente reemplazables y crean un vínculo frágil; las relaciones familiares son una obligación

moral que permanece normalmente en el tiempo y que no se eligen; y los amigos no son fácilmente reemplazables, suponen una relación más profunda y no se nos imponen como obligación.

Planteadas así las diferencias, nunca se podría concluir —y es algo que queda reiteradamente señalado a lo largo de todo el libro— que la amistad es algo absolutamente voluntario. En realidad, es el entorno social el que estructura la amistad, de forma que ésta —aunque aparezca como una elección voluntaria— es un producto social (el primer manuscrito que leí del libro que reseño lo conocí bajo el título «La construcción social de la amistad»).

Los capítulos de mayor interés son los dedicados a analizar los factores estructurales que influyen en las oportunidades que cada uno tenemos de conocer a otros y que nos posibilitan una futura relación de amistad. Su lectura obliga a concluir claramente que, desde un punto de vista sociológico, la amistad —aunque aparezca como voluntaria— está claramente condicionada.

Si, por una parte, el autor pone de manifiesto que en la elección de amigos mucho tienen que ver las redes sociales de las que formamos parte, cosa que pone en evidencia el concepto de red aplicado a la amistad; por otra parte, tampoco puede echar en olvido que, en definitiva, la amistad es producto de una serie de intercambios.

Para estímulo de la curiosidad del lector interesado, apunto aquellos factores sociales que condicionan la amistad y que son analizados en pro-

fundidad por el autor: la *clase social* (el trabajo que se tiene, los ingresos económicos, los gastos disponibles, los contactos que permite el puesto de trabajo, etc., son otras tantas circunstancias derivadas de la posición de clase que influyen en el desarrollo y mantenimiento de una amistad); el *sexo* de las personas (la diferencia entre hombre y mujer en la desigual distribución de las tareas del hogar disminuye las oportunidades para desarrollar amistades); la *movilidad geográfica* posibilita nuevas relaciones que dan lugar a una amistad nueva; los *mundos sociales* en los que se encuentra el individuo (se tiende a escoger como amigos a personas de características semejantes a las propias); la *comunidad en la que se vive* (las redes sociales de amigos están condicionadas por el tamaño de la población, de forma que las redes de amigos urbanas son más amplias que las redes rurales).

Llegado a este punto en la reflexión que la lectura del libro que reseño me ha provocado, probablemente haya hecho ya alusión, siquiera fugazmente, a la mayoría de las aportaciones del autor a la sociología de la amistad. Pero la lectura del último capítulo del libro («La amistad como un sistema de apoyo social») me obliga a recapitular las continuas sugerencias, propuestas y deducciones que el autor va desgranando a lo largo del texto. Me refiero a la utilidad social de los lazos de amistad.

Probablemente debido a la situación crítica por la que atraviesa el Estado de Bienestar, en el ámbito de uno de sus sistemas de protección social —el Sistema Público de Servi-

cios Sociales— se viene recapacitando sobre el papel del voluntariado social. La reflexión es más insistente en la medida en que se levantan voces cada vez más críticas contra los gastos sociales que generan los sistemas públicos de protección. En este contexto, el profesor Requena a lo largo del ensayo apunta en numerosas ocasiones sugerencias e invitaciones a la investigación de la amistad en su dimensión de apoyo social. Es necesario acentuar y atender estas sugerencias, ya que la sociología sigue sin dar relevancia alguna a los servicios sociales. Incluso me atrevería a afirmar que los servicios sociales siguen considerándose por nuestra disciplina como algo marginal—cuando no caritativo y graciable— y para marginados. Captar el interés—siquiera de manera tangencial—de la sociología por el Sistema Público de Servicios Sociales es, sin duda, alentador.

En una sociedad como la nuestra, imbuida de liberalismo económico, en la que cada día hay mayores presiones para disminuir el gasto público en materia de protección social, es indudable el papel preponderante que van a ir adquiriendo los grupos informales de ayuda, ya sean amigos u otros tipos de grupo. El Sistema Público de Servicios Sociales será uno de los beneficiados por la generalización de este tipo de voluntariado social.

El Anteproyecto de Ley de Voluntariado que el Ministerio de Asuntos Sociales está elaborando en estos momentos da buena cuenta de la actualidad de las redes sociales como sistema de apoyo social.

Por la importancia numérica y social que está adquiriendo la población anciana en los países occidentales, resulta del máximo interés el funcionamiento de las redes sociales entre los mayores. Tanto la interacción social en general como la interacción personal en particular, actúan siempre en favor de la autoestima de los ancianos, de manera que todas las asociaciones voluntarias que fomenten relaciones de apoyo y ayuda mutua como complemento de las actuaciones de la Administración a través del Sistema Público de Servicios Sociales, estarán desempeñando un papel crucial en las relaciones de sociabilidad. Queda abierto a la investigación este nuevo campo.

Ciertamente, los vínculos más fuertes como apoyo y como ayuda corresponden a los familiares. Pero los amigos que viven en el mismo barrio y los vecinos más próximos desempeñan un papel especial. Desarraigar a los ancianos con el traslado a residencias o mediante circuitos de estancias periódicas en los domicilios de los distintos hijos, es olvidar el carácter social de la relación de amistad y la utilidad de los lazos de amistad, que además de proporcionarnos bienestar emocional nos ayudan a organizar ampliamente la vida social. La amistad es más importante que las relaciones familiares en la identificación de la propia realidad. Qué papel diferencial juega la amistad y la familia entre las personas de edad, es otra de las muchas líneas de investigación y estudio que el autor deja abierta a los sociólogos.

José Ramón CALLEJA PEREA